



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
 ESCRITA POR  
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

### DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

ORLEANS DE BORBON

Corría el día 26 de Junio último, y serían las doce y media de la mañana, cuando el estampido del cañon hizo oír en la coronada villa, córte y capital de España. Cuantos percibieron el estruendo que aquella máquina de guerra producía, conmoviéronse hondamente y dirigiéronse mentalmente á la suntuosa morada real. Allí, tras penosa y breve enfermedad, y no sin haber mostrado sus altas virtudes y su resignación cristiana, había entregado



su espíritu al Señor, remontándose á las luminosas regiones de la verdad, la hermosa y jóven Reina que durante cinco meses ha compartido con don Alfonso XII las glorias y las amarguras del trono.

Todo el mundo conoce hoy esta desgracia; todos se han asociado al profundísimo dolor que el jóven Monarca y los ilustres padres de la fenecida princesa sienten; todos celebran á porfía las grandes dotes y la nobleza del espíritu de ésta; todos recuerdan que vió la luz en Madrid el 24 de Junio de 1860, y que educada en Sevilla y en Sanlúcar, ocupó el sólio

Doña María de las Mercedes Orleans de Borbon.



gracias á las relevantes prendas que la adornaban; todos saben, por último, que se habia grangeado el amor y las simpatías de cuantos lograron tratarla; no es, pues, necesario que encomiemos el pesar y el dolor con que la hemos visto desaparecer del mundo de los vivos. El retrato que publicamos en la primera página es un sencillo homenaje de nuestro respeto y admiración, y una muestra de que nos impresionan muy de veras las desventuras y de que lamentamos que los seres angelicales crucen tan rápidamente este valle de lágrimas y de tristezas.

## LAS PUERTAS DEL CIELO.

### CUENTO.

Y al propio tiempo la puerta de la cabraña cayó hecha astillas, y un caballero alto, muy alto, con unos grandes bigotes, que le llegaban hasta las orejas, vestido todo de negro, sin que la nieve se hubiera cuajado al caer sobre su capa, más oscura que la noche, penetró en la estancia. Era el caballero, ya lo hemos dicho, alto, muy alto; tan alto, que tocaba con la cabeza en el techo. Detrás de él habian entrado una porción de perros, todos negros, en cuyos cuellos, gordos y lustrosos, relucian collares de oro. Los perros se sentaron á los pies de su amo, y pusieronse á mirar á los niños que, muertos de miedo, no se atrevían á respirar.

— ¡Voto al diablo mi patron! dijo, por fin, el caballero rompiendo el silencio: ¡que la noche está fría y negra como mi capa! Pero se me ha puesto en la cabeza cazar en el bosque de San Pedro, y lo haré.

— Y bien, señor, ¿en qué puedo servir á usted? dijo la pobre vieja, que estaba más muerta que viva.

— En nada; pero me voy á llevar á estos chicos para que vayan delante y enseñen el camino á mis perros.

— ¿Que se va V. á llevar á mis nietos?

gritó la anciana, enderezándose como una serpiente á la que hubiesen pisado la cola.

— Si, por cierto. ¿No lo has visto? vieja de Satanás. Pero no tengas cuidado por ellos: los pagaré bien, y comerán con mis puerco, probablemente mejor que lo habrán hecho en su vida.

— Pero ¿cree V. señor, que yo voy á consentir.....

— Pues ya lo creo, ¿y por qué no?

— Antes me viva comida mil veces por nuestros galgos. ¡Jesus mio! ¡Jesus bendito! ¡Santo angel de mi guarda, amparadme! Amparad á estos pedazos de mi alma, que me los quieren arrebatár.

— Pero ¿estás loca, bruja, para gritar de esa manera? No ves á tus nietos que tranquilos están.

Con efecto: los niños, pasado el primer momento, no manifestaban miedo alguno, y se habian puesto á mirar más de cerca á los perros, y á jugar con los hermosos collares.

— ¡Vamos, ¡muñecos! ¿Queréis venir conmigo lejos, muy lejos? exclamó el caballero, dirigiéndose á los muchachos.

— ¡Hará V. mal á nuestra abuela! dijo el que parecia mayor.

— El contrario; la dejaré este bolsillo, para que coma pan blanco, y viva, si quiere, en la ciudad hasta que vosotros volváis.

Y diciendo esto, arrojó sobre las rodillas de la anciana, que le miraba, sin verle, un bolsillo de seda, por entre cuyas mallas se veia brillar el oro.

— Tómelo V., abuela, tómelo V., que nosotros no tenemos miedo á este señor, y nos iremos con él á donde quiera.

— ¿Que os ireis con él? exclamó la abuela loca de dolor.

— Si, ya lo oyes, añadió brutalmente el caballero; y los llevaré tan lejos, que trabajo te mando si pretendes ir á buscarlos.

(Se continuará)



## CIRO

### LA CONVENIENCIA Y LA JUSTICIA

¿Sabeis, lectorcitos míos, quién fué Ciro? Ciro, que debió nacer por los años 494 ó 496, antes de Jesucristo, fué por su valor, por su justicia, y por lo esclarecido de su sangre, proclamado rey de los persas en 561.

Conquistó la India, la Cilicia, la Bactriana, la Paflagonia, la Grecia asiática, la Siria, la Asiria, la Arabia, la Capadocia, la Frigia y el Egipto.

Sorprendió á Baltasar, rey de Babilonia, celebrando un festin sacrilego rodeado de su corrompida corte, en el que bebían exquisitos vinos, en los vasos sagrados arrancados por su padre del santo templo de Salomon.

Baltasar pasó de la orgía al sepulcro; Ciro se apoderó de Babilonia, y dando libertad á todos los hebreos que en ella estaban cautivos, les devolvió las riquezas robadas por Nabucodonosor, y les envió de nuevo á su tierra, dándoles ayuda para que pudieran reedificar su templo y restablecer el culto del santo Dios de Moisés.

El nombre de Ciro, que en lengua persa significa sol, conserva á través de los siglos, de los pueblos y de las edades, la aureola de gloria que le alcanzaron sus grandiosas conquistas, sus actos de valor y su justicia.

Cuando Ciro era niño, asistía á la escuela como un particular, á pesar de su preciosa estirpe.

Los persas, como la mayor parte de los asiáticos hoy, y como todos los pueblos de la antigüedad, vestían traje talar.

¿Sabeis cuál es el traje talar?

Por si no lo sabeis, queridos lectores, voy á decíroslo.

Traje talar se llama á la toga del abogado, á la sotana del sacerdote.

A este traje se le llamaba en la antigüedad túnica, y ya recordareis que al Divino Jesús Nazareno siempre se le representa con este traje.

Ciro, pues, y todos los niños que asistían con él á la escuela, iban vestidos con túnica.

Un día un muchacho muy alto, que tenía una túnica muy corta que apenas le llegaba á las rodillas, vió á un niño muy pequeño vestido con una túnica tan larga que casi no le dejaba andar.

El muchacho alto despojó á viva fuerza de su túnica al otro, y poniéndosela le dió la suya.

Quejóse el niño despojado, y dividiéndose en dos partidos todos los de la escuela, nombraron á Ciro, que apenas tenía diez años, para que fallara en aquella contienda.

Encaramóse Ciro sobre un poste, formaron círculo alrededor todos los muchachos, y compareciendo en medio el querellante y el acusado, dijo Ciro al primero:

—Dime tu queja.

—Que he sido despojado de mi túnica por Arbaces, que está aquí presente.

—¿Qué dices tú para disculparte de esta acusación? preguntó Ciro, volviéndose á Arbaces.

—Que Sapandomad no tiene razón para quejarse. Él es muy pequeño, y su túnica, que le estaba muy larga, le hacía ridículo y le impedía correr; apenas podía con ella andar lentamente. Con la que yo le he dado está mucho mejor, y á mí, por mi alta estatura, me corresponde la suya.

—Mi túnica era mía, y tú me la has arrebatado; dijo tímidamente Sapandomad.

—Que sentencie Ciro; gritaron en tumulto todos los muchachos de la escuela.

—Silencio, dijo Ciro dominando sus gritos con aquel acento poderoso y dominador que tantas veces había de dar el triunfo á sus tropas.

Callaron todos, y Ciro sentenció.

—Puesto que Arbaces, al arrebatarme su túnica á Sapandomad, le ha dado la que él tenía, que al otro le sienta mejor por ser más adecuada á su estatura, así como la de Sapandomad le sienta mejor á Arbaces, sentencio que á ambos les conviene el trueque.

Supo el maestro la sentencia dada por Ciro, y despues de haberle azotado fieramente, sin atender á su clase, ni al glorioso porvenir que la suerte le tenía reservado, le dijo:

—Si se te hubiera llamado á sentenciar cuál túnica le estaba mejor á Arbaces y cuál á Sapandomad, tu sentencia sería oportuna; pero no se trata de la conveniencia de los querellantes, sino de la justicia que asiste á Sapandomad para reclamar la túnica que es suya, y que Arbaces retiene en su poder sin derecho.

Esta lección, que no olvidó Ciro en su vi-



da, y que le hizo formar desde niño una idea exacta de la justicia, le sirvió de mucho en medio de sus conquistas y de su largo reinado, procurando siempre atenerse, en las infinitas sentencias que pronunció durante su vida, á este estricto principio de justicia que su maestro le habia inculcado, algo á costa de sus posaderas, si hemos de hablar con verdad, lo que era causa de que

Ciro no pudiera oír hablar de justicia, sin recordar los azotes que llevó por no haber sabido aplicarla.

Recordad, pequeños lectores míos, este curioso hecho de la niñez del gran Ciro, y no confundais jamás la justicia con la conveniencia; porque la justicia es una, y sobre ella descansan la paz, la prosperidad, la felicidad y el poder de los pueblos; y la con-



Historia natural: Ibis sagrado.

veniencia es múltiple, y al favorecer á unos oprime y lastima á otros.

RAFAEL LUNA.

## HISTORIA NATURAL

### El ibis sagrado

CLASE 2.<sup>a</sup> DE LOS VERTEBRADOS.—ÓRDEN 5.<sup>o</sup>—ZANCUDAS.

Sabido es que entre los antiguos clásicos el águila, el pavo real, el gallo, las palo-

mas y otras mil y mil aves, eran objeto de gran respeto y consideración, y se juzgaban á veces de carácter sagrado y religioso. Entre los egipcios, que tan fácilmente creaban divinidades y tributaban culto á todos los seres, animados ó inanimados, concedíanse grandes honores al ibis, especie de cigüeña, muy útil en aquellas comarcas, porque destruye las serpientes. Hay ibis negros y blancos: unos y otros tienen el pico encorvado y largo, con los bordes du-



ros y cortantes. Alrededor de los ojos, y prolongándose por la base del pico en sentido longitudinal, presentan un espacio desprovisto de plumas y cubierto con una piel roja, muy rugosa en el ibis blanco. Este es muy raro; el otro aparece en la desembocadura del Nilo y en algunos puntos de Europa. Generalmente construyen sus nidos en las palmeras más elevadas y le colocan entre punzantes hojas para preservarle de las acometidas del gato, su mortal enemigo. Aun cuando no saben nadar, hállese constantemente en las orillas de los ríos en acecho y con el fin de destruir las serpientes, que les inspiran una antipatía y repulsión extraordinarias. Su carne es de color rojiza como la del salmón, y tarda mucho en descomponerse.

## CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS

Enriqueta á Luz

¡Cuán grande ha sido mi gozo al recibir tus cartas, que han venido á llenar mi corazón de alegría y á poblar mis sueños de ilusiones y esperanzas!

Tú no sabes toda la tristeza que se había apoderado de mí desde nuestra llegada á Carabanchel, al encontrarme *sola* en medio de mi numerosa familia, que me colmaba de atenciones y cuidados.

En las primaveras anteriores, á un tiempo salían de Madrid nuestras familias, á un tiempo regresábamos, y juntas pasábamos aquí los días, corriendo por las frescas alamedas y los pintorescos parterres de Vista-Alegre, como juntas los pasaban también nuestras queridas familias.

Al llegar á Carabanchel, nuestra casa estaba ya llena de parientes y amigas, que se habían puesto sus mejores trajes para recibirnos, y todas las niñas se adelantaron á abrazarme y prodigarme las más cariñosas demostraciones, gritando con bulliciosa alegría:

—¡Bienvenida! ¡bienvenida!

Pero ¡ay, Luz mia! ahora conozco todo lo que vale tu hermoso corazón, tan hermoso como tu rostro; ahora conozco toda la bondad, toda la caridad que atesora tu alma; ¡no! tú no hubieras cometido la mala acción que he cometido yo, y aunque sé que en adelante voy á desmerecer á tus ojos con semejante falta, quiero confesarte-

la, porque al menos el que reconoce que ha pecado es que está ya cerca del arrepentimiento.

Voluntaria, violenta, demasiado mimada tal vez, no pude disimular el mal humor que me dominaba no viéndote á mi lado, y en vez de tender los brazos á mis cariñosas compañeras, respondí á su grito de aclamación con un silencio glacial y desdenoso.

Mamá, roja de vergüenza, me empujó dulcemente hácia ellas, pero yo permanecí impasible.

Mi orgullo, mi petulancia, mi inconcebible vanidad, acababa de marchitar con el primer soplo todo aquel ramillete de flores campesinas.

Aquellas fisonomías, frescas é ingenuas, se cubrieron de rubor como si hubieran cometido una falta, las sonrisas se helaron en los encendidos labios, y ninguna de aquellas inocentes criaturas se atrevía á levantar los ojos por temor de encontrarse con los míos.

—¡Hijas mías! exclamó mi mamá abriendo afectuosamente los brazos, y procurando encerrarlas á todas en aquel amoroso lazo; no estrañéis el recibimiento que os ha hecho mi querida Enriqueta, que os ama tanto como yo.

Ayer, antes de salir de Madrid, se le ha muerto la tórtola que cuidaba cariñosamente hace más de tres años... ¡ya veis! ¡una tórtola! ¡con la que estaba tan dulcemente encariñada!... y luego su amiga Luz, que no ha podido venir con ella como el año pasado... ¡pero sobre todo la tórtola! ¡la tórtola! mañana ya estará más consolada, y...

Fijando entónces en mamá una mirada que expresaba todo mi reconocimiento, me precipité sobre una de sus manos y la cubrí de besos y de lágrimas.

—¡No llores! gritaron alegremente las niñas, colmándome nuevamente de caricias; no llores, que nosotras te traeremos tórtolas, alondras y cuanto quieras!

Confundida por aquellas demostraciones que no merecía, y anhelando borrar el recuerdo de mi mala acción, enjugué mis lágrimas con el dorso de la mano y me precipité en medio del alegre corro, que volvió á repetir con el mismo entusiasmo:

—¡Bienvenida! ¡bienvenida!

Entónces ya no me parecieron, como á primera vista, anticuados ni faltos de ele-



gancia, los sencillos sombreritos adornados de espigas y amapolas, ni pobres los trajecitos de percal y de muselina, tan en armonía con la expansión y sencillez de la vida campestre; y al siguiente día rogué á mi mamá que me diese uno de mis trajes más modestos, para recorrer con mis compañeras los floridos campos que tapizan estos alrededores.

—¡Hija mía! me dijo mi mamá cuando estuvimos solas; creo haberte hecho un servicio disipando la nube con que tu vanidad había emponzoñado nuestra llegada al pueblo, donde tanto nos aman. Guarda, enhorabuena, tu intimidación para Luz, que ocupa una posición igual á la tuya, que como tú se ha educado, que tiene los mismos conocimientos y las mismas aspiraciones; pero guárdate de herir á los que crees inferiores, porque faltas entonces á la primera de las virtudes, á la que Jesucristo nos ha recomendado sobre todas las otras, ¡á la Caridad! y ¡ay del que no la tiene!

Desde aquel día me parece que me encuentro libre de un gran peso, y creo haber pagado á las niñas con mis sonrisas y mi cariño la deuda que con ellas había contraído.

El día que recibo tus cartas se las leo de la cruz á la fecha, y no puedes figurarte lo que han gozado con la descripción de las ferias y el episodio del niño de las culebras.

A pesar de ir siempre rodeada de una verdadera corte, no puedo acostumbrarme á tu ausencia, y si como dices será difícil que podáis salir este año, tomaré el partido de escribirte todos los días, contándote mis ocupaciones, mis paseos, mis impresiones, mi vida, en fin.

El día del Córpus estuve en el balcón del Ayuntamiento, rodeada de todas las niñas, viendo pasar la procesión. Esa fiesta es tan solemne en la última aldea como en la primera capital del mundo, y su grandeza llena de tal manera el alma, que no deja lugar á ningún otro género de impresiones.

El sol brillaba en medio del cielo, inundando la atmósfera de un polvo de oro que me hacía recordar las aureolas de los ángeles; los balcones, cubiertos de colgaduras de colores vivos; el pueblo aglomerado en las calles, alfombradas de tomillo y mejorana, y por el centro de aquella multitud arrodillada, la Custodia, el templo de Dios,

cubierto de flores, ensalzado por los cánticos de los sacerdotes, y adorado por todos los que creen, aman y esperan.

Al pasar la procesión por delante del balcón en que estábamos las niñas, derramamos todas á la vez una lluvia de rosas sobre el pálido recamado de oro, y cediendo al entusiasmo que me dominaba, caí de rodillas, exclamando con toda la fé de mi alma:

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

¡Oh! aunque no soy tan buena como tú, en aquel momento estaban llenos de lágrimas de alegría los ojos de tu pobre amiga

ENRIQUETA.

## LOS MEJORES AMIGOS

Continuación (1).

### II.

La familia de Cifuentes residía en un hermoso hotel, situado en el paseo de Recoletos, y que tenía á la espalda un bello y extenso jardín.

Constaba esta noble y rica familia del señor de Cifuentes, viajando al empezar esta historia en nuestras provincias de Ultramar; de su esposa, amable y virtuosa señora; del padre de ésta, bondadoso y digno anciano, atacado entonces de una fiebre peligrosa, y de dos niños, hijos de los señores de Cifuentes, y adornados de las más felices disposiciones.

Antonio, el mayor, estaba dotado del más bello natural: activo, sincero, estudioso, amable con todos, tenía profesores en casa, y además un ayo de edad madura, que le quería casi tanto como su ausente padre.

Enriqueta, su hermana, contaba nueve años y medio: dotada de una imaginación más viva que su hermano, y de gran exaltación de ideas, poseía menos reflexión; tenía además mucho amor propio, y adulándola, se conseguía de ella todo lo que se deseaba; además su carácter era un poco fuerte y voluntarioso, y la contrariedad la mortificaba en extremo.

Su madre, que conocía sus defectos, le quebrantaba la voluntad; pero aunque la distinguida educación que recibía impedía á Enriqueta el mostrarse violentamente contrariada, se le conocía que sólo el respeto á su madre, y el temor de faltar á las

(1) Véase la pág. 191.



leyes de la buena educacion, contenian su enojo. Contribuía á fomentar su carácter, un tanto fuerte, la adoracion que profesaban á la niña su abuelo, su padre y su hermano: sólo su madre se creia en el deber de contrarestar aquella ciega idolatría, poniendo freno alguna vez á los caprichos de Enriqueta: no hay que decir que esta la acusaba de injusta y de que no la amaba.

El personal del servicio de casa de los señores de Cifuentes constaba de numerosos criados; pero sólo habia una doncella ó camarera, pues la madre de Enriqueta deseaba que ésta aprendiese en lo posible á servirse por sí misma.

Habiendo salido para casarse una jóven, que hacía ya años se hallaba en la casa, tomaron otra para reemplazarla, llamada Anita, viva y activa al parecer, pero que desde luego demostró ser aduladora, y querer captarse la confianza de su señora.

Esto no era posible: una dama distinguida como la señora de Cifuentes no podia dar libertades á sus criados, y los tenia siempre á una prudente distancia.

No obstante, la astuta Anita acechaba la ocasion de entrar, por cualquiera lado que fuese, en la intimidad de la familia, y no perdía las esperanzas de lograrlo.

Cerca de la bella casa que ocupaba la familia de Cifuentes, pero en una calle solitaria, habitaba un hermano de la madre de Enriqueta, médico de gran valía, y cuyo nombre era D. Andrés La Roca; pero estaba enfermo hacía más de dos años, y su esposa habia gastado, en aquella prolongada dolencia, todos los ahorros de la casa, y el producto de todas sus alhajas, que una á una habia ido vendiendo.

Los Sres. La Roca tenian un hijo y una hija, lo mismo que los de Cifuentes: Luis, que contaba la misma edad que Antonio, estudiaba en uno de los mejores colegios de Madrid, que pagaba su tia la señora de Cifuentes. Amelia, su hermana, contaba ya doce años, y era el tormento de su madre por su carácter turbulento y agresivo.

En cuanto á Luis, no era posible hallar una criatura de un carácter más noble y más amable, y ménos defectos en un niño de su edad: los profesores del colegio le adoraban, y su madre, viendo próxima la muerte de su esposo, se decia que sólo en su hijo hallaria algun consuelo.

### III.

No bien la madre de Enriqueta hubo salido del jardín, ésta echó á llorar desconsoladamente, dejando la labor que tenia en las manos.

El ruido de unos pasos que se acercaban le hizo volver la cabeza, y vió á la camarera, que cogia flores para renovar las del salon, cantando alegremente.

A la espalda del cenador donde estaba sentada Enriqueta habia un hermoso rosal de Alejandria: Anita se acercó á él para despojarle de sus galas, con las tijeras, y vió que la niña tenia los ojos bañados de lágrimas.

—¡Dios mio! ¿qué tiene V., señorita? exclamó al verla.

—Nada... ¡déjame en paz! repuso Enriqueta impaciente.

—¿Quiere V. que llame á la señora?

—¿Para qué? ¡Buen cuidado pasa mamá por mi pena!

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## SECCION DE LABORES

### DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 208.

Núm. 1.—Bordado para adorno de trajes de niños.

Núm. 2.—Continuacion del alfabeto para bordado á litografía, que empezó en la pág. 120.

Núm. 3.—Marca para pañuelo, aplicacion á punto de armas.

Núm. 4.—Enlace de cifras para pañuelo. Letras sueltas.

## CHARADA

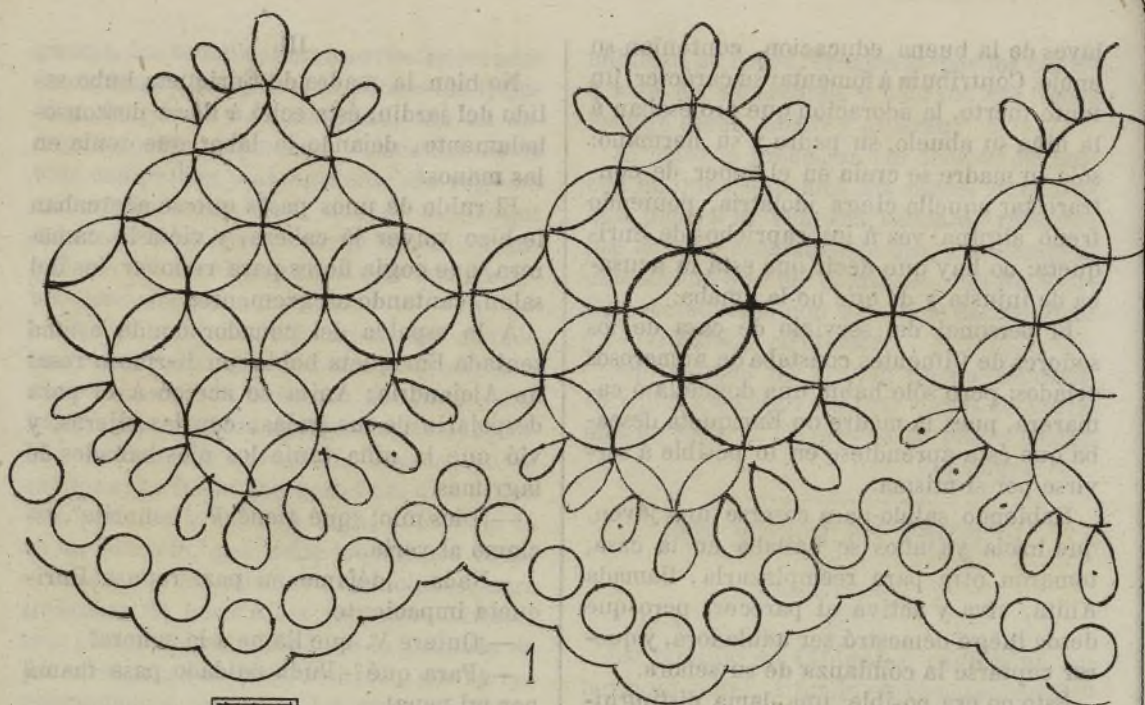
La *prima*, animal doméstico, con *segunda* el nombre forma de un historiador muy célebre por la extension de sus obras. Invertidas estas sílabas un pájaro extraño nombran, muy singular por su pico de magnitud asombrosa.

*Segunda, tercera, cuarta* rio es de la hermosa zona donde se asienta Valencia; *tercera y cuarta* en las costas se encuentra á veces, y el *todo* voz es que en lengua española emplearon nuestros músicos y hoy ha pasado de moda.

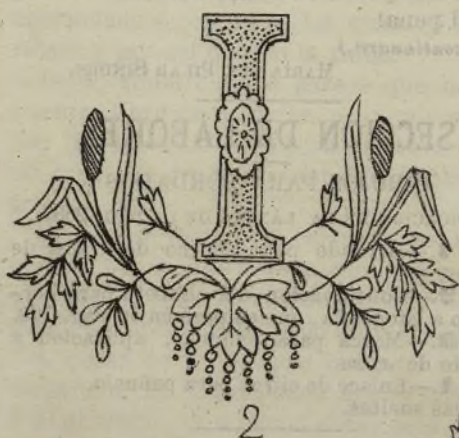
(La solucion en el próximo número.)

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.





1



2



2



4

3

